Atenea en el *Corpus Paroemiographorum Graecorum*

ENRIQUE BENÍTEZ RODRÍGUEZ
Grupo de investigación BALETEG HUM 380 de la Junta de Andalucía

La estatua colosal de Atenea que se alzaba en la cumbre de la Acrópolis cobijando bajo su protección todo el horizonte del Ática representa, sin duda, uno de los símbolos más emblemáticos del liderazgo ejercido por la capital griega en época clásica[1]. Atenea, en aquel tiempo, fue la deidad predilecta de la ciudadanía ateniense y de ello es reflejo el variado conjunto de proverbios y dichos populares a ella alusivos, algunos de los cuales daremos a conocer en esta exposición.

Este repertorio de expresiones orales, en relación con la célebre diosa, ha sido extraído de la monumental compilación editada en 1839 y 1851 por Leutsch y Schneidewin, en Gotinga, bajo el título *Corpus Paroemiographorum Graecorum* y reeditada por George Olms en 1965. En la mencionada obra se recogen varias colecciones de proverbios y locuciones de la tradición cultural helena pertenecientes a diversos recopiladores: Zenobio, Diogeniano, Gregorio Ciprio, Apostolio, etc. Distribuidas en centurias, las paremias aparecen generalmente acompañadas de una glosa más o menos amplia sobre el sentido y ocasión en que eran pronunciadas, facilitando, por otra parte, datos historiográficos de gran interés para el estudioso de la Antigüedad. Asimismo, a pie de página y en dos cuerpos de impresión bien diferenciados, se ofrece, de un lado, el aparato de crítica textual, y de otro, referencias a obras clásicas y a diversas fuentes que permiten ampliar e ilustrar la información relativa a cada uno de estos sugerentes fragmentos de oratoria popular. A la vista de tan extraordinario legado, resulta inexcusable recordar el talante precursor manifestado por el mundo griego en el ámbito de las colecciones paremiográficas.

Partiendo de estas elocuentes piezas del discurso hablado concernientes a Atenea, vamos a tratar algunas cuestiones encaminadas a mostrar lo provechoso que puede ser el estudio de la paremiología, ya sea considerándola en su dimensión lingüística, literaria o histórica, subrayándose las aportaciones que esta investigación proporciona a la hora de explicar y reconstruir aspectos de la mentalidad religiosa y sociocultural del mundo griego antiguo[2]. No nos privaremos de hacer notar el paralelismo existente, en cuanto a contenido, entre los proverbios griegos y nuestros refranes, lo que evidencia, una vez más, el carácter cosmopolita e imperecedero de sus mensajes.

---

[1] Realizada en bronce y con unos quince metros de altura, la Atenea Prómachos se distinguía, incluso a grandes distancias, entre los monumentos de la Acrópolis, siendo tal el fulgor irradiado por la punta de su lanza que, se decía, los navegantes podían reconocerla a la altura del cabo Sounion. Gozó de enorme popularidad y despertó gran admiración entre los antiguos que la consideraron, junto a la Atenea Parthenos y al Zeus sedente de Olimpia, la obra más grandiosa de Fidias.

[2] En orden a la enriquecedora contribución que la paremiología y otras ciencias auxiliares en torno al lenguaje, como la sociolingüística, la lexicología o la semántica, suministran para profundizar en el examen de las mentalidades colectivas y, con éste, en el de la historia social, véase C.F.S. Cardoso y H. Pérez Brignoli (1976: 326-336) y el artículo publicado en *Paremia* por Juan Cascajero (1995: 105-116).

La proyección intemporal y universal de toda paremia, de cualquier cultura, queda manifiesta en la que dará pie para comenzar nuestra disquisición, y contribuirá igualmente a ir dibujando el rango preeminente que la virginal diósa ocupaba tanto en el glorioso Olimpo como en la mente del ciudadano ateniense.

1. Ἀθηνᾷ τὸν αἴλουρον
«Comparar a Atenea con un gato» (Zenobio, II,25; Diogeniano, II, 37; Plutarco, 45; Diogeniano V, I, 63; Gregorio Ciprio M, II, 28; Macario, I, 47; Apostolio, I, 55)

es una expresión popular pronunciada para denunciar el error que supone parangonar las cosas superiores y elevadas con las más ínfimas y despreciables por guardar entre sí un pequeño parecido. No se escapa, en este caso, el elemento que pone en relación a nuestros dos personajes, el poseer los ojos brillantes, pero sería irrisorio, por este hecho, equipararlos. Dice una sentencia griega actual «para comparar, hay que comparar la púrpura con la púrpura», y nuestro refranero, además de señalar que «toda comparación es odiosa», advierte: «entre el león y el ratón, no cabe comparación».

Los ojos de Atenea y el gato pueden tener un mismo color, ser azules o verdes; pero el epíteto "γλαυκῶπις", con el que Homero y demás poetas caracterizan a la diosa, expresa mucho más que su tonalidad. Al igual que una lechuza (γλαύξ), Atenea es ojilúcida, posee la aguda mirada de esta rapaz ave nocturna, acertando a ver en la oscuridad lo que para otros está oculto. Parece estar aquí latente la antigua idea según la cual los ojos lanzan rayos visuales golpeando los objetos situados en la dirección de la mirada, idea que aún subsiste en frases como «echar un vistazo» o «le fulminó con la mirada». Los ojos penetrantes de Atenea son muestra de su agudeza intelectual, convirtiéndola en símbolo de la sabiduría, pero la fuerza de su mirar sitúa a la diosa en contacto con el que quizá sea su rasgo más atávico, el de ser protectora y guardiana de la ciudad. Atenea Políade (Πολιάς) se representa en la escultura toda llena de imponente energía, de pie, armada con lanza en uno de sus brazos, cubierto el pecho por la égida[3], piel de cabra bordeada por pequeñas serpientes, y en la extremidad opuesta un escudo en que aparece reproducida la Gorgona, monstruo capaz de petrificar a los enemigos tan sólo con dirigir a ellos su mirada. Son estos atributos, primitivos, ancestrales, de divinidad apotropaica, esto es, ahuyentadora de males, bienhechora, los que definen genuinamente a la diosa. Sería, por todo lo expuesto, insostenible comparar la simple presencia de un gato con la etérea sublimidad de Atenea, del mismo modo que se hace ridícula la situación manifestada con la siguiente expresión.

2. Ὗς πότ' Ἀθηναίαν ἔριν ἤρισεν[4]
«Un cerdo rivalizando con Atenea» (Apostolio, XVII, 73)

Este dicho, nos refiere Plutarco en sus *Vidas paralelas* (*Demóstenes,* XI), fue traído a colación por Démades cuando al disputar con Demóstenes sobre su capacidad oratoria profirió: «¡Comparar conmigo a Demóstenes! Esto es la puerca que da lecciones a Atenea», lo que daría lugar a una situación bastante cómica, sobre todo si atendemos a la respuesta dada por el autor de las Filípicas cuando suplanta a la virginal y sabia Atenea, con la que pretende identificarse Démades, por una

[3] Es curioso observar la existencia en nuestro idioma de la locución "estar bajo la égida" con el significado de encontrarse salvaguardado de cualquier peligro. En numerosas expresiones resuena el eco de la Antigüedad como vemos en «ser la manzana de la discordia», «meterse en un laberinto», «pender de un hilo», etc. (Ver J.M. Iribarren, 1996). Quedan por desarrollar estudios que muestren detalladamente la importante influencia ejercida por la tradición griega en el refranero español, mayor de la que pudiera considerarse en un primer momento si atendemos a la multitud de similitudes formales y de contenido existentes entre nuestras formas paremiológicas y las griegas, como personalmente he podido constatar. Desde tal perspectiva, el estudio de la paremiología griega va más allá de una operación cerrada en sí misma, transformándose en una atractiva tarea por tratar de recuperar los orígenes y antecedentes de modos de decir todavía vivos.

[4] La expresión pasó al ámbito latino bajo la forma *Minervam sus docet*, es decir, «un cerdo enseña a Minerva». Cfr. V-J. Herrero Llorente (1992: 262).

vulgar prostituta que responde al mismo nombre de la diosa: "Esa Atenea hace poco que en Colito[5] fue sorprendida en flagrante adulterio".

Para esbozar debidamente el perfil que identifica a Atenea es preciso atender a su personificación como divinidad de la sabiduría y la prudencia, virtudes tan preciadas para el buen ordenamiento político de la ciudad. Diosa civilizadora, preside la ciencia y las artes y el filósofo la equipara con la inteligencia y la razón soberana, triunfadora de la barbarie. Protectora de las artes útiles, Atenea instruye en la práctica de los oficios que requieren cierta habilidad manual o ingenio, de ahí que sea también venerada con la advocación de "ἐργάνη", "laboriosa" o "trabajadora", y obtenga especial trato religioso por parte de algunos artesanos como los ceramistas, carpinteros y herreros, al tiempo que presida las tradicionales labores manuales femeninas del hilado, el bordado y el tejido. La maravillosa habilidad desarrollada en la realización de estas labores artesanales dio lugar a la siguiente locución de alguna manera con ella relacionada.

3. Ἀκεσέως ναὶ Ἑλικῶνος ἔργα
«¡Los trabajos de Aceseo y Helicón!» (Zenobio I, 56; Diogeniano, II, 7; Diogeniano V, I, 26; Apostolio, I, 99)

Se hacía de este modo alusión a las obras sobresalientes, ya fuera por su mérito artístico, ya por su meticulosa elaboración, pues Aceseo y Helicón, personajes reales elevados a modelos paradigmáticos, fueron los primeros artistas, de inigualable destreza, que fabricaron un peplo para la diosa. La majestuosidad, excelencia y poder de la ciudad ateniense quedaba resaltada cuando en el mes del Hecatombeón, en pleno verano, tenían lugar las Panateneas. Esta fiesta popular en conmemoración de la patrona de la ciudad, exhibida con exquisito detalle en los relieves que adornaban los frisos del Partenón, alcanzaba su momento más álgido en el solemne cortejo en que era ofrendado a Atenea el peplo que mujeres y doncellas habían tejido en su honor bajo la atenta supervisión de las sacerdotisas. En este velo o manto, primorosamente bordado, eran representadas memorables escenas tocantes a la leyenda de Atenea como su nacimiento de la cabeza de Zeus o su destacado protagonismo en la lucha con los Gigantes.

Si a su característica dimensión de perspicacia intelectual le añadiéramos la de ser una divinidad que, como Ártemis o Hestia, tiene a gala su castidad, rechazando toda unión amorosa y defendiendo denodadamente su virginidad (παρθένος), se alcanza a comprender el matiz irónico y, en cierto modo, sarcástico, escondido tras el dicho:

4. Τριτογενείας[6] ἔφυ παῖς
«A Tritogenia le ha salido un hijo» (Apostolio, XVII, 26)

proferido para referirse con tono jocoso a personas que por su brillantez de ingenio y sagacidad merecieran hacerse pasar por dignos descendientes de la sutil Atenea.

Hemos visto cómo, a través de las expresiones y dichos aquí presentados, el sagrado carácter de una diosa se populariza, lo grave deja paso a lo sencillo, el motivo religioso prende en el pueblo y hace descender a sus dioses del Olimpo. En perfecta consonancia con la atmósfera de antropomorfismo que rodea al politeísmo griego, en algunos proverbios parece plasmarse cierta vulgarización de lo sacro, no ajena a cierta dosis de escepticismo:

---

[5] Colito era un barrio popular situado al sudoeste de la ciudad de Atenas.

[6] Tritogenia es un sobrenombre por el que se conoce a Atenea. Comenta Apostolio que puede derivar bien de haber nacido triplemente, del útero, del vientre de su madre, y de la cabeza de Zeus; bien por haber nacido la tercera tras Ártemis o Apolo; bien porque "τριτῶ" era el nombre que daban a la cabeza los atenienses. Para más información sobre el adjetivo "Τριτογένεια" ver *Himnos Homéricos* XXVIII, A Atenea. Cfr. la edic. de A. Bernabé en la Bibl. Clásica Gredos, Madrid, 1978, p. 291 y nota.

5. Σὺν 'Αθηνᾷ καὶ χεῖρα κίνει
"Aun contando con Atenea mueve los brazos" (Zenobio, V, 93; Diogeniano, VIII, 11; Gregorio Ciprio, III, 63; Macario, VII, 84; Apostolio, XV, 79)

pudiéramos traducirlo por nuestro «a Dios rogando y con el mazo dando», o el que dice «guárdate y Dios te guardará». El proverbio aparece literalmente en Esopo (*Fábulas*, 30). Se narra allí el naufragio padecido por unos marinos atenienses, las continuas promesas que uno de ellos dedica a la diosa para que salve su vida y la reprimenda hecha a éste por otro de sus compañeros de infortunio sirviéndose del proverbio aludido, cuyo sentido queda claro en la moraleja: "No basta rezar a los dioses, uno tiene que poner de su parte para obtener la salvación". El mismo sentido encierra un pasaje de la Odisea en que el discreto Telémaco, llegado a Pilo, en busca de su padre Ulises, inseguro de su capacidad para dirigirse verbalmente al rey Néstor, implora a Atenea, presente bajo la persona de Mentor: «¿Cuál será mi saludo? Pues no sé de ingeniosas razones y siempre a los mozos da vergüenza el venir con preguntas a un hombre provecto». Entonces la ojizarca, complaciente, contesta: «Por ti mismo, Telémaco, en parte hallarás las palabras, y algún dios, además, te vendrá a dar ayuda» (*Odisea*, III, 22-28).

Este papel que el hombre ha de desempeñar a la hora de decidir su propio destino, alejándolo en algún modo de la ciega necesidad, se manifiesta en las palabras de Orestes cuando Eurípides le hace decir: «Creo que es cosa de la suerte y de nosotros. Si un hombre tiene buen ánimo, es razonable que la divinidad tenga más fuerza» (Eurípides, *Ifigenia entre los tauros*, 909-911).

Menciona Plutarco en sus *Moralia* el proverbio:

6. Τὰν χεῖρα ποτιφέροντα τὰν τύχαν καλεῖν
«Invocar a la fortuna echándole una mano» (Antiguas costumbres de los espartanos, 239 A; también en Apostolio, XV, 92)

para objetar que "debe invocarse a los dioses a la vez que se emprende una acción y se actúa, y no de otro modo". Este mismo proverbio evoca una fábula relatada por Babrio, según la cual, un carretero, al quedar atrapado su carruaje en el fango, inactivo, se puso a rezar a Heracles esperando que aquel, compadecido, lo librase del atolladero. Entonces, apareciéndosele el héroe, le dijo: «A los dioses se les debe rezar cuando hace algo uno mismo, si no es rezar en vano» (Babrio, *Fábulas*, 20)[7].

La crítica a una supersticiosa y aparente devoción se desprende de algunos proverbios vinculados a otro importante capítulo de la religiosidad griega, los oráculos. Así, cuando leemos:

7. Πολλοὶ Θριοβόλοι, παῦροι δέ τε μάντιες ἄνδρες
«Muchos guijarreros, pocos adivinos» (Zenobio, V, 75; Apostolio, XIV, 68b)

se alude al fraudulento uso de un falso procedimiento adivinatorio consistente, según las glosas, en arrojar una serie de guijarros, cuya invención habría que atribuir a la diosa Atenea. Frente a ese ilegítimo método, pocos son los ortodoxos creyentes que se ajustan al garante programa del oráculo délfico, otorgado en régimen de exclusividad y como privilegio por Zeus a Apolo.

Gran afinidad con el proverbio recién comentado, tanto en lo formal (estructura bimembre, isosilabismo, aliteración), como en su contenido, muestran los dos que exponemos a continuación. El primero es de origen órfico.

---

[7] No es simple coincidencia que haya aparecido por segunda vez una fábula en relación con nuestros proverbios. Se ha puesto ya de relieve la analogía estructural y funcional existente entre estos dos géneros, expresiones de la cultura oral popular. Numerosos proverbios tienen su origen en una frase que resume y hace explícita la enseñanza fundamental de orden ético o moral transmitida por la narración, constituyendo a menudo la sentencia final de la fábula o moraleja. (Ver R. Tosi, *Dizionario delle sentenze latine e grece*, Milano, 1991, p.X y nota).

8. Πολλοὶ τοι ναρθηκοφόροι, παῦροι δέ τε βάκχοι[8]
«Muchos los portatirsos, pocos los bacantes» (Zenobio, V, 77; Diogeniano, VII, 86; Gregorio Ciprio, III, 45; Macario, VII, 20; Apostolio, XIV, 61)

denuncia a los fieles que participan en las procesiones consagradas a Dioniso, careciendo de la inspiración y arrebato místico supuestamente dispensados por el dios. Las manifestaciones ceremoniales, exageradas, ostentosas, farisaicas, no van acompañadas de la genuina creencia, del profundo y sincero sentimiento religioso (εὐσέβεια). El otro proverbio advierte igualmente que las apariencias en nada se ajustan a la realidad.

9. Πολλοὶ βουκένται, παῦροι δέ τε γῆς ἀροτῆρες
«Muchos conducen bueyes, pocos aran» (Diogeniano, VII, 86; Apostolio, XIV, 54)

No nos podemos engañar, «Ni todos los que estudian son letrados ni todos los que van a la guerra soldados», y menos en materia religiosa: «No son frailes todos los que traen capilla», «El hábito no hace al monje».

Como ya hemos comprobado, no carecen de buen humor algunos dichos griegos. También en cuestión de oráculos, y en dependencia con Atenea, podemos reparar en la respuesta dada a aquellos que, indiscretos, se excedían preguntando.

10. Ῥοδίων χρησμός
«Oráculo de rodios» (Diogeniano, VIII, 4; Macario, VII, 53; Apostolio, XV, 25)

Esta locución de uso popular es explicada por Diogeniano rememorando una breve historia. Cierto día los ciudadanos rodios tras ofrecer sacrificios a una tal Atenea Lindia decidieron permanecer banqueteando en el templo. Como no tenían por costumbre llevar orinales, determinaron preguntar a la diosa si les era permitido transportar dicho objeto, a lo que obtuvieron respuesta afirmativa; volvieron a inquirirle que si de bronce o arcilla, a lo que ésta, ofuscada, respondió que ninguno de los dos. En efecto, las preguntas inútiles e inoportunas no son eficientes.

El rasgo más peculiar de Atenea es el ejercer de divinidad tutelar sobre los hombres como ya hemos apuntado. A esta peculiaridad no podía ser ajena su leyenda mitológica.

11. Κάκιον Βάβυς αὐλεῖ
«Toca la flauta peor que Babis» (Zenobio, IV, 81; Plutarco, 26)

es una hipérbole popular aplicada al que en determinadas prácticas se ejercita con notorio desacierto, mostrando su torpeza[9]. Se alude a un personaje mitológico hermano de Marsias, aquel sileno castigado cruelmente por Apolo a causa de desafiarle a disputar en materia musical. En el caso de Babis, éste logrará salvar su vida por la mediación de Atenea que, compasiva, le hace tocar mal la flauta para que no incurra en la cólera del dios.

A caballo entre lo legendario y lo histórico habría que situar la noticia proporcionada por el siguiente proverbio de tono oracular[10].

---

[8] El proverbio se haya atestiguado por bastantes autores, entre otros: Platón, *Fedón*, 69c; Ant. Palat., 10, 106; Clemente Alej. *Strommata*, 19, 92, 3; Jámblico, *Protrepticus*, 67, 14; Sinesio, *Dión*, 7,23; Teodoreto, *Graecorum affectionum curatio*, 12, 35. Este proverbio y el siguiente son relacionados por el escoliasta de Aristófanes a propósito de *Ranas*, 420a.

[9] Más explícitamente referido a la incapacidad e ineptitud en materia musical se recoge otro proverbio en el *Corpus* que reza: "Βάβυος χορός", "*El coro de Babis*" (Append. I, 46).

[10] Al igual que la fábula, el oráculo, por tratarse de una manifestación religiosa y cultural de extendida popularidad en la Antigüedad, debió estar en el origen de múltiples enunciados proverbiales, desempeñando una importante función normativa y moralizadora.

12. Ἐμοὶ μελήσει ταῦτα καὶ λευκαῖς κόραις
«Eso será asunto mío y de unas espléndidas muchachas» (Append., II, 55)

Relata Jenofonte en las *Helénicas,* (VI, 4, 30) cómo el caudillo tesalio Jasón –aliado de Tebas y Atenas en la lucha que por el continente griego enfrentaba a estas potencias contra Esparta, allá por el año 370 a. C.–, creyéndose fuerte, había proyectado aparecer en el santuario de Delfos con sus tropas atraído por las pingües riquezas de los bienes sagrados. Se dice que al preguntar los delfios al oráculo pítico qué se debía hacer en caso de que se apoderaran de los bienes de Apolo, el dios respondió que de eso él mismo se cuidaría. El desenlace era previsible, Jasón murió asesinado, Delfos no fue saqueada. Pero, ¿a qué enigmáticas colaboradoras se refería el oráculo?, ¿quiénes eran esas "espléndidas muchachas"? Cuando un siglo más tarde el orbe griego se viera amenazado por la presencia militar del jefe galo Breno que se disponía a saquear el tesoro délfico tras haber sometido con su ejército Tesalia, los delfios aterrorizados consultaron otra vez a Apolo, obteniendo del dios la respuesta arriba mencionada. Fue entonces cuando gracias a la intervención divina se desencadenó una horrorosa tempestad llevando el pánico a los invasores; los delfios no dejaron de aprovechar la circunstancia provocando una vasta matanza de galos. Breno, herido y desesperado, se suicidó. La tradición legendaria dice que junto a Apolo Delfio se vio luchar a las ilustres vírgenes Ártemis y Atenea para alcanzar la victoria. Sabemos de la relevancia del santuario de Atenea Pronaia en el recinto sagrado de Delfos gracias a las informaciones de Pausanias (X, 8, 6). Por su parte, los focidios tenían en el santuario imágenes erigidas a Apolo, Atenea y Ártemis (Paus. X, 13, 4),al igual que los etolios (Paus. X, 15, 2). Allí, la protección dispensada por la diosa dejó sentir su fuerza. La personalidad de Atenea está muy mediatizada por su naturaleza bélica. Bastarían para atestiguarlo las palabras del poeta Hesíodo: "Dio a luz a Atenea de ojos glaucos, terrible, belicosa, conductora de ejércitos, invencible y augusta, a la que encantan los tumultos, guerras y batallas" (*Teog.* 924-927). Es la Atenea que lucha en primera fila (πρόμαχος), infatigable, invencible (Ατρυτώνη) y, como se ha podido constatar, portadora de la victoria (νικηφόρα). Ella interviene frecuentemente para apresurar la conquista de Troya o proteger a sus héroes predilectos: Aquiles, Ulises, Perseo, Heracles...

El estilo sencillo, desenfadado, natural, presumible para estas expresiones coloquiales se aprecia en la que presentamos a continuación.

13. Παναθηναίων κατόπιν
«Llegar tarde a las Panateneas» (Apostolio, XIV, 6)

es una voz popular pronunciada para recriminar al que por dejadez se demora perdiendo una oportunidad placentera. Uno de nuestros refranes lo indica con mordacidad: «Al fregar de los platos sólo acuden los mentecatos»; otro, sugiere, incluso, los requerimientos alimenticios que exige una celebración litúrgica en condiciones: «Quien llega tarde, ni oye misa ni come carne».

Ya hemos dado noticia del sobresaliente protagonismo de las Panateneas en el calendario ateniense. Celebradas anualmente en honor de la diosa Atenea (Pequeñas Panateneas) y cada cuatro años con mayor solemnidad (Grandes Panateneas), estas fiestas, mitad religiosas, mitad políticas, habían de ser motivo de diversión y solaz para el pueblo que tenía ocasión de asistir a certámenes musicales, atléticos, líricos, dramáticos, etc., participando alegremente en danzas y banquetes: es la fiesta, el bienestar de la paz. Cuenta Tucídides (II, 38) que Pericles se jactaba de su ciudad por la abundancia de celebraciones y festejos que en ella se sucedían a lo largo del año. Como las nuestras, sus fiestas estaban vinculadas al calendario religioso, de ahí que no fuera sorprendente la mención en el lenguaje de la calle a tan señaladas fechas que, cíclicamente repetidas, se reputaban garantizadoras del correcto acontecer de las cosas.

14. Ἀπιὼν ἐς Ἀπατούρια, ἐπανῆκες Θαργηλιῶα
«Pasadas las Apaturias, vuelven las Targelias» (Apostolio, III, 31)

es otra fórmula oral encaminada a censurar la conducta de los tardones, tildada esta vez de un matiz compasivo, pues luciendo la exquisitez propia del lenguaje popular se muestra tan pletórica de agudeza y riqueza semántica que, pese a su brevedad, acierta a expresar simultáneamente la melancolía por el fugaz paso del tiempo y la esperanza en la pronta llegada de otra ocasión venturosa. Apaturias y Targelias eran fiestas de esplendorosa celebración en Atenas. En las Apaturias los padres de familia presentaban a los miembros de su fratría a los hijos legítimos para que quedaran legalmente inscritos como ciudadanos, de ahí su marcado significado sociológico y político. Se le ofrecían víctimas a Zeus Fratrios, y cómo no, a la diosa representante de la ciudad, Atenea Fratria, quizá aquí presente como vestigio de tiempos pretéritos en los que tuvo mayor alcance la filiación cognaticia. Las Targelias eran fiestas celebradas en honor de Apolo y Ártemis. Vemos, por todo lo dicho, la estrecha observancia de los griegos respecto a los cultos prescritos por la tradición que se interpretan como un proceso de renovación de la alianza con la divinidad.

A veces, el afán por ajustar los rituales a los cánones prescritos conduce las creencias a tan obsesivo escrúpulo que rayan la superstición. El ciudadano griego mantiene un perpetuo sentimiento de venerable temor por todo lo relativo al espacio sagrado (ἱερόν). Esta particular forma de experimentar la religiosidad permite entender con más facilidad la profusión de exhortaciones, prohibiciones y preceptos existentes en el *Corpus,* encaminados a garantizar la pureza frente a la culpa contaminante (μίασμα), provocada por la blasfemia y la profanación. Una de estas recomendaciones, relacionada con Atenea, dice:

15. Μοριῶν μὴ Θίγγανε
«No toques los olivos sagrados» (Apostolio, XI, 75)

interdicción, nos aclara Apostolio, empleada para censurar a los irreverentes sacrílegos. En la glosa también se reseña que estos "μρρίρι" eran los olivos sagrados con cuyas hojas se coronaban, a modo de trofeo, los vencedores de las carreras disputadas durante las fiestas Panateneas. En efecto, el olivo, junto a la lechuza, constituye el emblema por antonomasia de la diosa. De sobra es conocida la leyenda que enfrenta a Atenea con Poseidón por el dominio del Ática, y de la que resulta vencedora por otorgar, según la asamblea divina, el regalo más útil a los hombres, el olivo. Simboliza éste —no podía ser menos dado su protagonismo en la economía rural— la fuerza civilizadora de la agricultura en oposición al belicoso caballo concedido por Poseidón. No faltan en el calendario ateniense fiestas en honor de Atenea para enaltecer su carácter agrario: en las Calceas se la rememora como inventora del arado y cultivo del suelo; similar vinculación al ámbito agrario presentan otras como las Calinterias, Esciroforias o Arreforias. Se señala también en la glosa que eran doce el número de los olivos sagrados, lo que los vincula al número de tribus fundadoras de la ciudad, recordando, de paso, el antedicho carácter cívico y politizado del ritual religioso. Por último, recuerda Apostolio al mítico Halirrotio que, contrariado por la derrota de su padre Poseidón, intentó cortar los olivos sagrados de Atenea, acto que acarreó su comparecencia en juicio y correspondiente punición.

Contra cualquier impiedad se impone el respeto reverencial exigible a todo lo concerniente al espacio sagrado para asegurar así la buena relación entre el hombre y las potencias divinas. La plena integración, en fin, de las divinidades olímpicas con los espacios sociales de la vida pública exige:

16. Ταμίας ἀγαθός
«Un guardián ejemplar» (Apostolio, XV, 96)

apelativo dirigido a quienes se esmeran con extrema perseverancia en la custodia de alguna cosa. Los "ταμίαι", magistrados designados a suerte entre los pentacosiomedimnos —ciudadanos más ricos—, estaban encargados de vigilar con inusitado celo tanto las propiedades públicas como privadas depositadas en el sagrado recinto de la Acrópolis. Se encargaban de proteger, asimismo, la

estatua de Atenea y otros bienes públicos objeto de especial veneración religiosa, como la nave sagrada "Πάραλος" o la "Αμμων", empleadas para diversos oficios rituales.

Con esto cerramos nuestra exposición. Sirviéndonos de estas expresiones y dichos populares, hemos constatado la privilegiada posición que ocupó Atenea en el pensamiento del hombre griego, especialmente en el del ciudadano ateniense. Hemos pretendido caracterizar los rasgos de esta divinidad singular por medio del lenguaje cotidiano, no exento en ocasiones de simpática y aguda ocurrencia. Al tratar sobre los símbolos y atribuciones vinculados a la protectora y prudente diosa guerrera hemos visto aspectos de la mentalidad religiosa helénica, interferida en gran medida por valores sociales, políticos y públicos. Se han relatado diversos episodios referentes al sugerente mundo de la leyenda y la mitología, soporte de numerosas instituciones y creencias. Ello nos ha permitido ilustrar algunas facetas de la religión y cultura de la Grecia antigua. La paremiología ha logrado revelar así una de las finalidades que la hacen particularmente atractiva, la de enseñar deleitando.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ARTHABER, A. (1981=1986): *Dizionario comparato di proverbi e modi proverbiali.* Milano: Hoepli.

BLANCO FREIJEIRO, A. (1984): *Arte griego.* Madrid: Instituto Español de Arqueología, C.S.I.C.

BLÁZQUEZ J. M.; LÓPEZ MELERO, R.; SAYAS, J. J. (1989): *Historia de Grecia Antigua.* Madrid: Cátedra.

CARDOSO, C. F. S.; PÉREZ BRIGNOLI, H. (1976): *Los métodos de la historia.* Barcelona: Crítica, Grupo Editorial Grijalbo.

CASCAJERO, J. (1995): «Oralidad e historia antigua: una nueva motivación para el estudio del universo paremiológico», *Paremia* 4, 105-116.

FLACELIÈRE, R. (1993): *La vida cotidiana en Grecia en el siglo de Pericles.* Madrid: Ediciones Temas de Hoy.

GRIMAL, P. (1981=1989): *Diccionario de mitología griega y romana.* Barcelona: Paidós.

GARCÍA GUAL, C. (1992): *Introducción a la mitología griega.* Madrid: Alianza.

HERRERO LLORENTE, V.-J. (1992): *Diccionario de frases y expresiones latinas.* Madrid: Gredos.

IRIBARREN, J. M. (1996): *El porqué de los dichos.* Pamplona: Gobierno de Navarra.

LEUTSCH, E.; SCHNEIDEWIN, F. G. (1965): *Corpus Paroemiographorum Graecorum I-II.* Hildesheim: Georg Olms Verlagsbuchhandlung.

MARTÍNEZ KLEISER, L. (1953): *Refranero general ideológico español.* Madrid: Hernando.

NOËL, J. F. M. (1991): *Diccionario de mitología universal.* Barcelona: Edicomunicación.

TOSI, R. (1991): *Dizionario delle sentenze latine e grece.* Milano: Rizzoli.